

El telón sube lentamente, mientras unas campanas repican en el Teatro Sucre. Algunas siluetas en sombra se distinguen en el escenario, bajo la proyección de una luna llena atravesada por una nube gris. El olor a sahumerio ocupa el lugar.

Así, la Compañía Nacional de Danza (CND) inició la presentación de las «Las lunas de Lorca», el martes pasado. El primer cuadro se anunció con la apertura y la tensión en las manos de la bailarina Gabriela Rosero, intérprete que sostuvo la emoción y mostró la mayor intensidad en la obra.

La coreografía de la maestra Isabel Bustos fue ejecutada con precisión por los bailarines. Tanto mujeres como hombres encontraron el desplazamiento y la corporalidad adecuados en las diferentes secuencias.

Las cargadas, los rápidos movimientos de brazos y los desplantes marcaron la generalidad de la propuesta coreográfica. Sin embargo, la expresividad profunda que exige la poética de García Lorca presentó desniveles en los integrantes del elenco.

La sombra, siempre presente, de la muerte atravesó las relaciones que se plantearon sobre tablas. La permanente complicidad de la luna, en compañía de la música, integró al público en una atmósfera de tragedia y dolor.

El color negro predominó en la propuesta estética, solamente variable en la parte final con la presencia de una simbólica manta roja. El decorado se completó con una serie de sillas acomodadas en los bordes del escenario. «Bodas de sangre» y «La casa de Bernarda Alba» fueron algunos de los textos referenciales en la obra, que repetirá función el jueves 25, en el Teatro Nacional de la CCE.

Tomado de: El comercio. Ecuador